


HOLA, AMOR

KAREN McQUESTION

TRADUCCIÓN DE ANTONIO IRIARTE

amazon crossing 

Título original: *Hello Love*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Octubre, 2016

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503940154

www.apub.com

ACERCA DE LA AUTORA

Karen McQuestion ha escrito libros para niños, jóvenes y adultos, que han sido publicados en papel, formato electrónico y audiolibro por Amazon Publishing, Houghton Mifflin Harcourt y Brilliance Audio. Muchos de sus títulos han figurado en la lista de los cien más vendidos de Kindle. La historia de sus publicaciones ha sido recogida por *The Wall Street Journal*, *Entertainment Weekly* y el programa nacional *The Story with Dick Gordon* de la cadena de radio NPR. Ha aparecido también en los programas de televisión *World News Now* y *America This Morning* de la cadena ABC. www.karenmcquestion.com

*A mi preciosa sobrina, Michelle, que siempre trae la
ligereza*

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)
[CAPÍTULO CUARENTA](#)
[CAPÍTULO CUARENTA Y UNO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO UNO

La perrita aguardaba, irguiendo expectante las orejas al paso de cada automóvil, sin apartar los ojos de la puerta. Dan se quedó un rato mirándola antes de silbarle y romper así el hechizo, pero ni se movió. «Ven aquí, chica —la apremió—. No vale la pena esperar.»

Estaba seguro de que Anni lo había oído, incluso sospechaba que entendía todo lo que se le decía. Era una perra lista, con más intuición que muchas personas. Anni era de raza cruzada, con las orejas largas y caídas, el hocico de un sabueso y el pelo corto de color tostado de un perro salchicha. Un chucho cualquiera en apariencia, pero toda una campeona en el fondo. Si Anni era consciente de lo inútil que era esperar junto a la puerta, se negaba a aceptarlo.

Dan se agachó y le rascó detrás de las orejas y, cuando la perra levantó sus grandes ojos húmedos e irresistibles para mirarlo, llegaron a un acuerdo. «Está bien, chica —dijo él—. Está bien.»

Pero no, no estaba bien. Que Christine jamás fuera a volver no estaba bien. Su mujer había sido el centro de sus vidas, la casa estaba marcada con sus pisadas, las paredes aún albergaban el eco de sus risas. Y había habido muchas risas. Ya no.

Había pruebas de su existencia por todas partes: la lista de la compra pegada a la puerta del frigorífico; su chaqueta colgada de un gancho junto a la puerta trasera; el libro

que estaba leyendo, ladeado sobre la mesita, con un marcador de flecos señalando por dónde iba. Cuando pasaba las hojas del calendario de la cocina, Dan veía citas anotadas de su puño y letra y recordatorios de que tenía que ir a ver a su antigua jefa Nadine, una mujer difícil que tras haber sufrido varios derrames vivía ahora en un centro de cuidados asistenciales. A Christine se le daba bien eso: era leal, siempre estaba pendiente de los demás. «Tampoco es para tanto», solía decir cuando Dan la llamaba «santa», pero él bien sabía que sí lo era. La mayoría de la gente ni se molestaba, pero Christine no era como la mayoría.

El funeral había resultado irreal, una pesadilla de la que no había conseguido despertarse. No se suponía que la vida fuera a ser así. Siempre había pensado que sería él el primero en morir y, con esa idea bien presente, había contratado un seguro de vida que resultara suficiente para dejar al abrigo de toda necesidad financiera a Christine y a Lindsay, su hija. Sí, naturalmente, también había imaginado que eso ocurriría en un futuro muy distante, cuando ambos fueran viejos. Muy ancianos, con audífonos y andadores, no siendo jóvenes o, en cualquier caso, relativamente jóvenes, Christine tenía treinta y nueve años y él solo uno más.

Y ahora ella siempre tendría treinta y nueve años y él envejecería día tras día, siempre solo, cada año que pasara lo alejaría un poco más del tiempo que habían compartido ambos. La pena se presentaba en oleadas: en ocasiones era tan intensa que casi no lo dejaba funcionar; otras veces se quedaba acechando en un segundo plano, como un sordo dolor de cabeza.

Un año. Más de un año, en realidad, desde que se había ido. Y continuaba resultándole impensable que pudiera seguir pasando el tiempo sin ella. Por las tardes, Anni seguía esperando el regreso de Christine junto a la puerta de entrada y, en cuanto salía, la perrita se acercaba hasta el extremo del acceso para vehículos y miraba calle abajo. El espectáculo de la perra ahí sentada, aguardando paciente-

mente a vislumbrar el automóvil de Christine, le partía el corazón a cualquiera.

Dan comprendía que Anni la esperara, porque él deseaba eso mismo. Si la vida fuera justa, en cualquier momento oirían la llave de Christine en la cerradura y la verían entrar por la puerta como solía hacer todas las tardes. Resultaría que en realidad no había muerto, que se habían confundido en el hospital. Había muerto otra paciente, una que se le parecía mucho, y Christine se había recuperado milagrosamente. «¿Creísteis que estaba muerta?», preguntaría Christine con tono incrédulo, dejando caer el bolso al suelo. Se reirían, luego se echarían a llorar y, por último, se sentirían fatal pensando en la otra familia, la otra protagonista de la confusión, esa pobre gente que de verdad se había quedado sin madre y esposa, pero aún no lo sabía. Dan sabía el dolor que experimentarían esas personas cuando descubrieran la verdad.

El día siguiente a la muerte de Christine cambió la estación, como si la propia naturaleza se hiciese eco de su fallecimiento. Había acabado el verano. El aire otoñal era fresco, las hojas cambiaban de color antes de caer al suelo. Se anunciaba el invierno.

Hubo un tiempo en que tener la cena en la mesa a las seis en punto era algo que se daba por hecho. Ahora, Dan no conseguía recordar si había comido algo esa noche. De todas maneras, no tenía hambre, así que no importaba. Lindsay estaba en casa de una amiga, preparando un trabajo en equipo para la asignatura de psicología. La casa se notaba vacía, el aire resultaba opresivo. Dejó caer los brazos, sin saber en qué ocuparlos. ¿Qué solía hacer por las tardes entre semana, antes del funeral? No conseguía acordarse.

Aún no hacía frío suficiente para encender la chimenea, pero al menos eso era una tarea, algo que hacer, así que se dedicó a disponer los leños concienzudamente y puso astillas debajo de la rejilla. Arrugó unas cuantas hojas de periódico y las empujó bajo las astillas. Prendió un fósforo, acer-

có la llama al papel y miró cómo palpitaba y se extendía el fuego. En cuanto estuvo seguro de que no se apagaría, cerró las puertas de cristal. Anni, todavía delante de la puerta, gimió y se acurrucó, dejando el hocico sobre las patas delanteras. Verla era como ver su propio pesar, expuesto ante sus ojos.

—¡Anni —la llamó—, apártate de ahí!

La orden sonó más áspera de lo que hubiera deseado, pero produjo resultados. Anni se levantó y se alejó del vestíbulo. Parecía una persona que acabara repentinamente de perder su hogar y no supiese adónde ir.

Al verla, a Dan lo invadió el remordimiento.

—Ven aquí, Anni —dijo, hablándole dulcemente esta vez; cuando la perra llegó a su lado, se hincó de hinojos y echó los brazos al cuello—. Lo siento, Anni, no pretendía chillarte.

Cerró los ojos y apoyó su frente contra el lomo del animal, con las lágrimas bajándole por las mejillas.



Tras la muerte de su mujer, el tiempo transcurrió a otro ritmo. Dan y Lindsay asistieron a sesiones de ayuda psicológica para aprender a vivir el duelo y entregarse a una nueva normalidad. La vida sin Christine siguió pareciéndole mal, pero aquello era cuanto tenía. A la larga acabó disfrutando de pequeñas cosas, como ver a Lindsay actuar en la obra de teatro del instituto o tener un día productivo en el trabajo. Pero se sentía solo. Lo peor eran las tardes en que Lindsay no estaba en casa. Alumna de último curso, su hija siempre estaba ocupada: un novio, planes para ir a la universidad, el club de teatro, un trabajo a tiempo parcial en la droguería Walgreens del barrio. Había días en que solo se cruzaban.

Sin Anni, las horas se le habrían vuelto insoportables. La perra había resultado mejor terapeuta que el psiquiatra que los había atendido. Dan se sorprendió a sí mismo hablándole a Anni, confiándole todas sus penas y contándole cómo le había ido el día. La perra tenía la costumbre de inclinar la cabeza cuando le hablaba, como si de verdad lo estuviera escuchando. Y en los momentos en que peor se sentía, cuando se encontraba tan deprimido que la vida se le antojaba sin sentido, la perrita invariablemente le traía la correa, insistiendo para que la sacara a dar un paseo. Salir e ir poniendo un pie delante de otro, rodeado de aire fresco siempre le subía el ánimo. Anni y él habían cubierto muchos kilómetros siguiendo el sendero rural que se abría delante de su casa para luego recorrer los bosques y campos circundantes. En el camino de vuelta a casa, siempre se sentía más animado de lo que se encontraba cuando franqueaban la puerta.

Sí, quería muchísimo a su hija, se sentía cercano a sus amigos y familiares y respetaba al psicólogo que había tratado de guiarlos en el proceso de duelo, pero Anni había hecho más por curar su aflicción que todos ellos juntos.

CAPÍTULO DOS

Andrea quería creer que hoy sería el día en que su vida cambiaría para mejor, pero temía hacerse ilusiones. Mirando fijamente por la ventanilla del pasajero, vio cómo los suburbios se convertían en campos de cultivo y bosques. Habían pasado junto a prados y pastizales para vacas, rodeados todos por densas arboledas. Aunque al final quedara en nada el día, aquella era una bonita excursión, con las hojas en todo su esplendor otoñal, rojas, doradas y amarillas.

—Esta zona es preciosa —dijo Andrea, volviéndose hacia su amiga Jade—, muy tranquila.

—Sí, si te gusta estar en medio de la nada —comentó Jade, tamborileando ligeramente con los dedos sobre el volante.

—A mí me gusta. Me encantaría vivir por aquí —dijo Andrea, mientras admiraba los revestimientos de madera y los porches cubiertos de las casas.

La mayoría de esas parcelas tenía dos o cuatro hectáreas, casi todas lo bastante grandes para que los residentes pudieran jugar a ser granjeros, pero no lo suficiente para poder vivir de ello. A algunos les gustaba la vida en el campo, el aire puro, la paz y la tranquilidad. Cuando todavía estaba casada, antes de construir su casa, había pensado en echar un vistazo a la oferta inmobiliaria de aquella zona, pero su marido, Marco, no quiso ni considerarlo. Sería un trayecto diario de media hora, quizá más en invierno, había

señalado y, además, seguro que los vecinos serían unos pueblerinos.

Mientras en la radio sonaba una pegadiza melodía pop, Jade conectó el indicador de dirección con un gesto dramático y giró por un camino lateral. Jade lo hacía todo con estilo. Gesticulaba con entusiasmo al contar una historia y saludaba con una sonrisa deslumbrante a todo aquel con quien se encontrara. Su conversación estaba salpicada de hipérbolos: todo era «pasmoso», «asombroso» o «de cambiarte la vida». Desde la punta de sus rizos pelirrojos hasta la puntera de sus zapatos de lentejuelas, todo en ella era extremo. Un ejemplar extraño en Estados Unidos: una chica corpulenta que se veía a sí misma perfecta. Jade disfrutaba con la buena comida, las copas y las risas abiertas. Su estado de ánimo por defecto era estar contenta, pero sabía mostrar completa empatía cuando la necesidad surgía. Cuando su matrimonio se vino abajo, Andrea tuvo que reconocer que Jade había tenido razón acerca de Marco.

Cualquier otra persona habría podido mostrarse pagada de sí misma, cualquier otro habría podido soltar: «Ya te lo dije», pero Jade no actuó así. «Ojalá no hubiera tenido razón», le dijo, y el tono de pesar de su voz correspondía exactamente a lo que sentía Andrea.

Después de aquello, Jade le había dado a Andrea una charla de motivación para reforzar su autoestima. «Él se lo pierde», había dicho antes de proceder a detallar todas las virtudes de Andrea: su vivo ingenio (algo que Marco jamás había apreciado); su cabello castaño liso con reflejos naturales; su inteligencia, sus hoyuelos, su magnífica risa y su cutis perfecto. «Y tienes esa cosa de la sonrisa tímida que a los hombres tanto les gusta», había añadido Jade, inclinando la cabeza a un lado y levantando ligeramente las comisuras de los labios para ilustrarlo. Andrea agradeció los cumplidos, pero siguió pensando que no los merecía.

Y ahora se dirigían en automóvil al culo del mundo para asistir a una extraña ceremonia destinada a esa gente

que cree en los druidas, las hadas y vaya usted a saber en qué más. Si cualquier otra persona le hubiese propuesto ir a ese evento tan *New Age*, Andrea no habría aceptado, pero Jade se había mostrado muy persuasiva. Había asistido precisamente a esa misma ceremonia el año anterior y juraba que le había cambiado la vida, porque le había hecho poner todas las cosas en perspectiva. Según contó, le había dejado tan claro como el cristal cuál era el sentido de su vida. Le centelleaban los ojos cuando le dijo a Andrea: «Te caerás de espaldas, te lo prometo. Esa ceremonia confirma lo que siempre he creído sobre lo interconectado que está el universo». Esa era una de las grandes obsesiones de Jade: siempre andaba buscando señales de que las cosas eran como debían ser. Cada coincidencia era una prueba de cómo estaba interconectado el universo. Andrea la escuchaba, pero no estaba del todo convencida. A veces, las coincidencias solamente eran coincidencias.

Andrea vio cómo el camino de tierra cedía el lugar al asfalto, con hondas cunetas a cada lado.

—¿Cómo has dicho que se llama esta cosa? —preguntó, apartando el rostro de la ventanilla.

—El taller se titula «Crea tu propio futuro».

—Hummm...

—Sé lo que estás pensando —dijo Jade—. Crees que suena estúpido.

Eso exactamente era lo que había estado pensando Andrea. Era extraño cómo captaba esas cosas Jade. No tenía sentido disimular. Más valía darle la razón. Andrea se rio y dijo:

—Algo parecido, pero aquí estoy, ¿no es cierto? Presente, dispuesta y preparada para caerme de espaldas.

—¡Esa es mi chica! Esa es la forma de mantener la mente abierta —dijo Jade.

Esa era otra de las características de Jade: siempre tenía la mente abierta. Había estado en ese mismo taller el año pasado y juraba que su nuevo novio y un ascenso en el

trabajo habían sido consecuencia directa de aquello. Andrea no estaba tan segura, pero no le importaba concederle el beneficio de la duda.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—No mucho. Unas dos horas, quizá un poco más.

Salieron de la carretera a lo que parecía un aparcamiento de grava situado junto a un terreno baldío. El automóvil dio unos botes al pisar unas rodadas y Jade se detuvo en un hueco que vio al lado de un Mercedes. Delante de ellas se apiñaban unas cuantas mujeres de mediana edad. A un lado, un cobertizo cobijaba varias mesas de pícnic.

—¿Aquí es? —preguntó Andrea, mientras pasaba revista a la gente. Jade y ella eran claramente las más jóvenes del grupo. ¡Anda que no eran crédulas todas esas mujeres de mediana edad, en busca de un apaño fácil para sus vidas!

—Sí, ya hemos llegado. —Jade apagó el motor y recogió su bolso. Salió del automóvil y Andrea la siguió, confundida.

—¿Dónde está el edificio?

—No hay ninguno. Es todo al aire libre. Vamos a comulgar con la Madre Naturaleza. —Y le dio a Andrea un codazo amistoso—. Relájate, será divertido.

Jade se abrió paso entre los grupitos de mujeres, Andrea pisándole los talones. Cuando llegaron al frente, encontraron a la organizadora, Martina Dearhart, con un portapapeles en la mano.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Martina con una sonrisa benévola.

Andrea había investigado a Martina Dearhart por Internet. En persona resultaba exactamente igual que en su fotografía, hasta en los largos cabellos de un gris plateado y el vestido morado con cinturón suelto, cuyos pliegues envolvían sus brazos y flotaban hacia el suelo. Los numerosos